

El Patio

Marcos Mosteiro



Capítulo 1

EL PATIO

Todos nacemos locos. Algunos continúan así siempre.

Samuel Beckett

I

Ella rompe sin querer sus ojos perdidos en la niebla de las gaviotas que no saben alzar vuelo, esas retinas redondas, barrocas, color pardas que tienen un brillo singular y poético; en algunas ocasiones, también se podían ver en aquellas pupilas dilatadas manchas amarillas aunque no siempre eran así, sus ventanas cambiaban con el clima y ese 28 de febrero del 2014 sus ojos eran tan bonitos que todo aquel que se le acercaba podía verlos, transparentes, y parecían un puente hacia su alma, pura y triste.

Hacia un tiempo largo que dormía en una camilla de sábanas blancas, completamente desnuda, con escaras en sus pies, producto de un duro letargo de 18 días en un tálamo de hospital con tubos de oxígeno, sin poder moverse, hablar y notificarse.

Su panorama era vil, los médicos señalaban que no podría volver a despertar, que había tenido una seria lesión en el cerebro por el hecho de no haber estado refrigerada un tiempo extendido: la chica de papel maché y rizos plomizos había intentado suicidarse de la peor manera, colgándose de una soga en el baño de la casa de su madre. Todo su pueblo se preguntaba cómo era posible acaso ese sufrimiento brusco, frío, tenebroso y oscuro que había recorrido todo su ente, pero pensar en la muerte generaba un cierto e inexplicable dolor, porque nadie sabía con qué se iba a hallar; la muerte es lo más misterioso para los seres humanos y el centro de la Mesopotamia aun no lo descubría.

Después del periodo pactado amaneció ligada a un catre de un neuropsiquiátrico: estaba viva y con energías; cuando despejó su mente quiso moverse, salir de la litera y se percató que se encontraba con diferentes internos en una pieza llamada "cuidados intensivos". A la primera persona que LLEGO A DIVISAR fue a Nahuel, un niño en un lecho de rosas que leía sala nro. 18 de Alejandra Pizarnik. Ella quería escapar de aquel lugar, acercarse a él y hablarle, que le cuente de la prefería, pero las enfermeras no quisieron desatarla de esas fundas cándidas que

cubrían su organismo desierto.

Su amanecer fue ansioso, quería vivir, tenía fuerzas imprevistas, y no recordaba nada de lo que había sucedido; pasó unas largas horas en meditación, como un vagabundo en busca de agua, hasta que se acercó a una psiquiatra de guardia y le dijo: *“Los que tienen los ojos abiertos siguen mirando... (...) Miran... como si miraran para adentro, pero con horror (...) Están espantados, tienen el espanto en los ojos y sin embargo, en la boca se les ha formado una mueca de placer sombrío”*

Era un recinto donde había aproximadamente 12 personas. Lucia no se encontraba iluminada, tenía conductas raras, extrañas, hurañas, y después que la liberaron de las ataduras, la vistieron y se acercó a ese chico que estaba a su lado y supo súbitamente que iba a ser una persona importante en su vida o al menos en ese lugar, que pronto se enteró que se llamaba Santa Rosa. Se acercó a ese muchacho con mucha soltura, relajación, como si lo conociera de años; a él le sorprendió su actitud y su respuesta fue un poco reacia, intentando mantener la distancia de dos desconocidos. Él sabía que no la conocía a Lucia pero Lucia creía conocerlo a Nahuel desde siempre y así fue como de a poco y con insistencia comenzaron a hablar y a transformarse en amigos muy unidos. Él la cuidaba mucho y la preservaba del cigarrillo dado que ella tenía los pulmones muy enfermos. Un guardaespaldas del amor y la ternura.

Recién pudo salir al patio del terreno después de unos días o semanas, es que en ese lugar a Lucia le costaba mucho entender el clap-clap, a veces los días se hacían interminables y no podía diferenciar el día de la noche porque no había compás, solo varias sanitarias con las bocas pintadas de rojo, todas ellas vestidas de blanco y algún que otro psiquiatra cubierto de verde que iban a hablar con algún interno que como ella no sabían por qué estaban allí. Lucía recordaba a uno de ellos en particular: Ezequiel, un tío yonqui que había tenido un accidente automovilístico y era adicto a la heroína. Él no podía salir de su trinchera, los que estaban en esa pieza junto a Lucia, dormían y comían ahí sin poder salir, estaban como castigados por las patologías que tenían y que no le permitían ir al distrito común del neuropsiquiátrico, el patio, ese paraíso donde todos los internos se encontraban, se conocían, hablaban, y hasta se enamoraban.

Eso fue lo que sucedió entre Lucia y Nahuel, se echaron flores en la platea y hablaban largas horas, pues el tiempo es completamente un secreto, pero lo que sentían los dos era como un conducto hacia la velocidad que combatía el aburrimiento, y eso significaba que se aproximaban a la emancipación; todos los que estaban allí querían irse, ausentarse y muchos lo manifestaban de diferentes maneras, algunos gritaban y otros escupían la medicación. Nahuel hizo muchas cosas para que lo saquen de Santa Rosa; a menudo decía que no pertenecía a ninguna prisión, aunque a decir verdad, no era la primera vez que lo veían en una clínica, algunas enfermeras se habían encariñado con él y Lucia lo amaba, así, como era,

sin medias tintas: medio gruñón, áspero, jodido, y hasta ególatra, ella creía haber visto su esencia y la veía impoluta, sin mácula ni válvula.

Y Nahuel in the sky vio en Lucia a una poetisa a la cual le insistía en que escribiera; en algunos momentos de inspiración escribían preciosos poemas juntos, dos hálitos diferentes unidos en las odas abstractas, entre lo sublime, y el humo de los cigarrillos que flotaban en el ambiente. Nahuel fumaba, fumaba muchos mentolados al igual que todos los internos dado que todos aspiraban y los que no fumaban afuera comenzaron a fumar ahí adentro, los cigarrillos eran bienes preciados que había que administrarlos muy bien porque nadie de los que estaban enlazados podían una vez finalizado su atado salir a comprar puchos al kiosco y ese pequeño mundo veteado de sombras dependía de que alguien vaya a visitarlos y les lleve pitillos. Quedarte sin cigarros era intolerable para cualquiera de ellos. Lucia pensaba, en los neuropsiquiátricos se fuma y se fuma mucho.

Algunos medios idos de contexto con trances maniáticos, pánico y ansiedad, otros deprimidos o extasiados, las horas se pasaban entre maratones de gimnasio y mandalas por pintar pero los lazos de amor que se establecían en esa corporación tan extravagante eran fuertes, intensos y muy importantes para poder soportar la desidia, su monotonía y el reflejo del pretérito reciente.

Lucia saltaba sus días aislada con Nahuel y se regalaban poesías o cuentos surrealistas; ella masticaba cada punto y coma, cada línea de su escrito y concluía por llorar de la emoción; todos los pacientes de esa época consideraban a Nahuel como el chaval más inteligente, capaz y divertido, aunque sus chistes solían ser indecentes, negros e irónicos.

A medida que las semanas cortaban como navajas afiladas, Lucia se iba enamorando cada vez más de Nahuel e iba entablando vínculos con diferentes personajes de la clínica y pensaba que después que la rediman de allí se iría a vivir a Bs As. Nahuel le decía que podían vivir juntos en su enorme casa de Recoleta porque la hermana mayor había formado familia de manera tal que se habrían huecos para ello.

Lucia y Nahuel transitaban las jornadas entre libros de Borges y dibujos pintados a crayón.

La institución era una suerte de hotel 5 stars y contaba con cositas como yoga terapéutico, un pool y músico-terapia, y era aquí, en este mercado, donde la pareja se convertía en un soplo brillante, él tocando la guitarra y ella cantando, de solo echar un vistazo las canciones brotaban del alma y todos los compañeros aplaudían cada balada y ellos se salivaban hipnotizados, fundiéndose sus órganos en miradas urgentes que perforaban el azófar. Era tal su complicidad que esa relación era la más envidiada de la Santa Rosa, ellos parecían entenderse bastante bien y se

acompañaban hasta en las cenas.

Sin embargo, en esa plaza había muchos peros para el amor, para el enamoramiento, para los besos, los abrazos y los apretones de manos, no se podía tener relaciones afectuosas en el hospital azul, y cada caricia era un milagro. Los guardias eran recelosos al respecto y asustaban, siempre gordos e intimidantes que repetían siempre la misma represalia; "se van a cuidados especiales y no salen más al patio".

Cada persona poseía un amor, un amor oculto para los guardias gigantes y portadores de encendedores prohibidos, y se besaban a escondidas. Lucia recuerda el primer mimo que le dio Nahuel, allí, en cuidados: él le besó la frente con una devoción que se disolvía en toda la inteligencia de Lucia, también se rozaban con sus sentidos, aquellos que hablaban mucho de ellos y había puntos en común como el sufrimiento y el desencanto del gran agujero interior.

Un agudo desconsuelo soldó a ellos, ambos habían tolerado demasiado. Nahuel era esquizofrénico y a veces le contaba cosas a Lucia que no eran reales y formaban parte de un delirio de gula impresionista.

Cuando Nahuel se enteró que Lucia había estado al borde de la muerte fue porque estaba ávido por saber y le preguntó a una de las enfermeras acerca de los motivos mientras ella dormía gracias a unas inyecciones bastante fuertes que eran como para dormir a un caballo, y los ángeles nevados le contaron de su fábula y a él se le colmaron los ojos de lágrimas. Al otro día cuando Lucia activó, Nahuel la estaba contemplando, le tomó la mano y le dijo "agradezco al cielo que tu locura no haya prosperado, una persona como vos tiene que estar en este planeta, eres hermosa"

A los pocos minutos Lucia volvió a desvanecer: esas infusiones le hacían efecto inmediato y solo por momentos abría los ojos y se podía conectar con lo que ocurría en la sala, hacía poco que había llegado un interno muy peculiar, Joaquín, que chillaba "sáquenme de aquí" todas las noches y mañanas y anotaba diferentes pliegos con frases y pistas, tales como: "yo no quiero volverme tan loco" o "esto es un error", "ayúdenme por favor", pero todos los internos conocían el final del filme, una ampolla y a soñar, ya que esas conductas inapropiadas eran una influencia indecorosa para el resto, un mal ejemplo.

Todo loco dice que no está loco y ama a su propio delirio como a su oportuno espejo, Joaquín amaba su entelequia y decía que era un cantante de folk en una banda que no existía y estaba completamente enojado con sus padres. Hablaba de una tal Luz, que moría de amor por ella, que la había conocido en una internación anterior, cuando tuvo otro brote psicótico y decía que era la mujer de su vida. Luz vivía en un pueblo ignoto de la provincia de Buenos Aires y él en San Nicolás, y comenzaron

a enviarse cartas por correo, pero nunca más sintieron la voz del otro y hablarían siquiera por teléfono.

Joaquín decidió esquivar el dopaje y un fin de semana de aquellos en los que se encontraba sin medicación, empezó a sentir mucho amor por el universo en su conjunto, pero sobre todo por Luz, y a pesar de que había conocido muchas personas en su vida, muchas chicas, estaba seguro que la chica luciérnaga era la mujer indicada, con ella podía realizar las cosas más agradecidas como montar unicornios y descubrir el caos sutil. Durante mucho tiempo, el joven del bombín esperaba los e-mails de Luz y cuando llegaba alguna respuesta se ponía muy feliz, cada palabra, cada frase le indicaba que Blondie era la destinataria no solo de su prosa, de su poesía sino de su amor, cuando reveló esto, que Luz era la mujer de su vida y que quería tener muchos hijos con ella, sintió mucho desprecio por su cuerpo, sentía que su enfermedad se había ensuciado de otros cuerpos que no eran los indicados, que eran errantes y equívocos, que el único ser al que deseaba penetrar era ella, y fue por ese impulso que se le ocurrió vender el colchón, ese colchón usado por pocos.

Joaquín se hallaba con chaleco de fuerza, aun en 2014 y cuando gritaba desafortadamente expresando que tenía diferentes fechas con su banda y que se iría a un país de Centroamérica a surfear le ponían el colete químico y se podía visualizar como de a poco todo ese brío y desenfreno iba menguando hasta no percibirlo más y recogerse totalmente, a veces digería convulsiones, y las enfermeras tenían que estar atentos a él; una noche, conmemora Lucia, cuando ya estaba repuesta, Joaquín se la paso mascullando en pesadillas horribles en las que se le derretía la cara, moviéndose frenéticamente convirtiéndose sin saberlo en el interno más odiado por todo cuidados especiales, pero con el transcurso del tiempo pesado sus compañeros pudieron enamorarse de su alma noble sin prejuicios y de su amor ante la vida y todo ser vivo... ¡Joaquín, maniquí, como olvidar una persona así!

No obstante, al cabo de una prolongada estadía, se enamoró profundamente de Amapola, una cocainómana acabada y que residía en un limbo. Todos los drogadictos que Lucia y Nahuel conocían en ese entonces decían lo mismo, que al otro día era imposible resucitar de una manera digna.

II.

De aquel árbol gigantesco del patio caían gotas de lluvia y el cielo parco y su vacunación habían apartado a los pacientes de hermosos arco-iris y estrellas en degradé; tuvieron la suerte de que tras el chaparrón se coló una brisa fresca y la temperatura comenzó a descender unos grados; el dragón chino fue un verano muy duro para cada uno de los internos, y si bien adentro se apreciaba el aire acondicionado, el patio era mucho más

prometedor, pues ahí se podía fumar y jugar a los novios.

En los días de calor tan intensos como agobiantes todos se hallaban en el huerto, se veían las caras transpiradas, socavadas por la atroz linterna solar y los reclutas del ejército buscaban la sombra del fabuloso tilo robusto donde por las noches se obsequiaban premisas hindúes desesperadas.

Pero ese era un día de lluvia gris y fotográfico, ideal para usar pantalones largos y alguna camperita liviana.

En ciclos y sudestadas así no quedaba otra más que divertirse con algún juego de mesa; había varios, como dados y cartas; la entidad no era improvisada y estaba provista con bastantes tonterías encantadoras y pensadas para hacer la estadía más placentera.

Nahuel fue en busca del ajedrez, solo utilizado por un viejito que divagaba con el campo y la luz mala que se autoproclamaba Julio Cesar.

El emperador era un hombre solitario y siempre andaba con un libro en la mano, parecía que tenía un poder de observación muy amplia que le permitía conocer a la gente desde lejos; Lucia lo recuerda como un varón enigmático, y con la única persona que dialogaba era con Nahuel, compañero de cuarto.

Un día, Lucia mancuriana, se sentó sola y se puso a fumar, tenía una mirada distante, de fonda introspección hasta que se arrimó Julio y le sonsacó: ¿has leído esta obra de Eckhart Tolle? El poder del ahora hizo sobras en su panza y comenzaron entonces una conversación casual sobre el tercer mundo y las guitarras de verdirame y el costado arty de la noche de los 80. Parecía un anciano interesante... Lucía llevaba tres siminas en proceso de asimilación que incrementaban su natural torpeza para comunicarse, pero algo en él le recordaba a esas imágenes de la piedad que tanto hicieron a su adolescencia de hall de estaciones suburbanas y jardines tornasolados de poetas obstinados, ignorados pero dignos...en el mundo del hombre... el tracklist delataba "yo te amé en Nicaragua" y sus labios estaban reseco por el tabaco y el verano de pies de vientos de oro...

Julio había intentado desaparecer con anfetamidas luego de una crisis matrimonial y desde allí en adelante, su vida pasaría a trastornarse en un diminuto pero persistente infierno.

Después de ese acontecer Julio y Lucia iniciaron una dependencia de colaboración firmada en la que a veces se adhería Nahuel. Hablaban de libros, de la vida y filosofía ya que él era profesor en la UBA, y disponía de una vocación docente e inherente. Marx, Nietzsche, Platón y los sofistas

pasaron a modelar parte de sus almuerzos.

Nahuel y Lucia sabían algo de ontología y epistemología pero cuando Julio emprendía a departir, ellos quedaban atónitos de sus lecciones, por su modo de transmitir ese amor ante la sabiduría.

En otros momentos se los veía a Nahuel y a Julio enredarse con el ajedrez, con sus ojos concentrados en las reinas y los saltos de caballos; en contadas oportunidades, Lucia, aunque no entendía nada de nada, se acercaba a ellos y gozaba de su compañía.

De a ratos anhelaban el mate y el café dado que solo se proporcionaba mate cocido y té con leche durante las mañanas. Lucía llegó a tener una alucinación en la que el resto del alba se dedicaba a prestar atención a los hombres que entraban y salían probando café, y olisqueando los distintos granos de los bares. Pero una vez en eje, Lucia no soportaba la negligencia del lugar, la crueldad y la poca paciencia que tenía la directora Susana Alvear para cada uno de los internos. Un viernes se encontró con un hombre de barba blanca igualita a la de papa Noel que vestía un pantalón de jean atado hasta la cintura con una gaza para que no se caiga, con el torso despojado deambulaba, y siempre y cuando las auxiliares no lo miraban, se desnudaba frente a todos y comenzaba a agitar su miembro; su culo era pálido y a Lucia le causaba mucha risa, pensaba que seguramente estaba afectado por un autismo insondable o simplemente era un hombre salvaje, criado por animales del bosque. Su forma de andar era la de un lobo, y su lenguaje era en realidad onomatopéyico, comía con las manos y no visitaba el baño para hacer sus necesidades. La solución definitiva, ergo, fueron sogas y pañales.

Durante un tiempo Nahuel no soñó. Por alguna razón se le oxidaron los rulemanes e iba por ahí en círculos despiertos, luego en trayectos horizontales, una sucesión de piedras de toque sin nada que tocar.

Afuera, un insecto de duro caparazón fue arrojado de la rama de un naranjo por la lluvia y el viento; patas arriba en la corriente de agua, trato de nadar. Lucía se preguntó si aquél escarabajo tendría un nido al que regresar.

III

En el piso tres Lucia convivía con Yanina y Teresa, a la que habían bautizado "Manuelita" por su tranco tan perezoso como imperceptible; cuando el campanario marcaba las 22 horas, todos los internos que repimporoteaban entre risas y caricias en el patio, tenían que subir a unas empinadas ramplas que conducían a sus respectivas habitaciones. Era un hábito llegar al piso y encontrarse con enfermeras esperándolos para que cada uno de ellos abra grande la boca e ingieran varias píldoras de diferentes colores y tamaños. Las auxiliares astutas controlaban si las

obleas eran ingeridas o no ya que habían existido casos en los cuales los pacientes simulaban tomar las golosinas y luego las tiraban por el inodoro.

A esa hora, más allá de deseos o inquietudes, los internos debían permanecer en sus piezas dormidos o recogidos en una almohada...

AGUS podía entrar a una habitación y crear un KARMA instantáneo, pero era fácil perdonarlo porque tenía el mismo potencial para crear una gran belleza. Es posible que se lo presentara Peggy, porque estaban muy ceñidos. Lucía le tomó mucha simpatía. Era guapo y andaba con la arrogancia de Ian Brown.

Lucia y Yanina platicaban acerca del mundo y sus contradicciones y nunca se dormían; mataban el ojo de la noche Nix leyendo párrafos salteados de libros encontrados al azar a modo de presagio, pero sabían que no podían hacer mucho barullo dado que Marta, la coqueta señora de jeringas dañinas y pelo leonado tampoco dormía durante la obscuridad para evitar esa clase de eventos y poner cada cosa en su lugar. Si los encontraran así por casualidad, un dormicum era motivo más que adecuado para que los rodeados se entreguen débiles y hambrientos al ardor de Hipnos.

El aparato disciplinario perfecto permitía a una sola mirada verlo todo permanentemente. Pero la visibilidad es una trampa y Santa Rosa conocía esa perturbadora mecánica de forma abierta. Los pasillos eran circulares y las zapatillas no podían llevar cordones. Teresse pensó: *"¿Puede extrañar que la prisión se asimile a las fábricas, a las escuelas, a los cuarteles y a los hospitales?"*. Recordó a su madre, rendida en un sillón tapizado de paño verde esmeralda y esbozó un sollozo, A las tres y media, por fin, acordaron un pequeño descanso.

En una fecha o flecha improbable, Lucia estaba con sus ojos cerrados para conciliar el sueño y oyó a una enfermera que ingresó a su habitación. Examinó que todo se encuentre en orden y el pulso nocturno siguió su rumbo. Francisco, un interno que vivía en el mismo piso, no podía dormirse jamás a la hora indicada y siempre andaba en búsqueda de la mágica bolita marina.

Lucia cuando estaba en su cuarto y Yanina ya se había dormido, subsistía despierta y avistaba la cubierta de madera barnizada y se quedaba en silencio con su mente llena de pensamientos que no podían más que volcarse en una hoja.

En noches de vueltas y tuercas, Lucía recurría al Lobo Estepario, de Hermann Hesse, y algún que otro libro que intercambiaba con los internos del lugar.

El registro era tal que los textos antes de llegar a los ojos de los pacientes tenían que pasar por la supervisión de la psiquiatra tratante, y no se podía leer a Osho o temáticas vinculadas acerca de la espiritualidad o la religión.

Era especial: Los días de internación desfilaban muy lentos y sin embargo los meses transitaban volando. Nahuel y Lucia se separaron un poco y comenzaron a conectarse con diferentes personas, pero el atardecer y la noche siempre era de ellos, arrullándose con sus anulares y miradas.

Anteriormente, en cuidados especiales habían conocido a Marilyn, una morocha alta, con cuerpo de vedet y vestida de negro, con unos grandes lentes preocupados por las guerras de la Tierra y que le cubrían casi la totalidad de su cara, pero por debajo de ellos, su aurora no demostraba más que desconcierto y tristeza, permanecía colocada en un rincón, sin capacidad de movimiento alguno, con la mirada gacha. Ella lloraba solitariamente, su rostro estaba trasnochado y su delineador se evaporaba como vapor plateado de sus grandes ojos verdes. Tenía un vestido celeste como sus cejas y era tan esbelta que parecía alimentarse de las migas que caían de la mesa; escuchaba música electrónica en unos micrófonos inmensos y revolvía su cartera de cuero en busca de pañuelos. Lucia se preguntaba que zapatos llevaría una muchacha así de linda, delgada y distante.

Al cabo de unas semanas, Marilú, la chica animada que estudiaba profesorado de danza, pasó el final de la internación con Lucia.

Betybú sufría de una especie de ciclotimia: por momentos ostentaba faustos tan relucientes como felices y por otros abordaba a gimotear por su hijo, Ciro, un pequeñito de 3 años que vivía con sus padrinos; decía firme y constante que quería verlo pero su psiquiatra no cedía ante sus plegarias. Empero, con el devenir de los días, pudieron reencontrarse en el horario de visitas y colgar un portarretratos de él en la mesita de luz de su cuarto.

Lucia y Marilyn compartían algo tan íntimo como distintivo, ambas habían intentado inmolarse, una con una soga, la otra con anplax, pero el destino al que querían llegar se suponía que era el mismo...

Little by Little, Marilyn iba recobrando el color y bailaba en el patio de San Valentín. Confería un pasatiempo asombroso al auditorio y todos quedaban con las vías abiertas por su destreza y piruetas o ruedas imposibles. Nahuel y Lucia se hicieron muy amigos de ella, sus caminos eran parecidos.

Marilyn mejoraba y apaleaba una comunicación fluida con sus ñeris, era una interna muy querida y los hombres la ojeaban mucho por su belleza y sensual forma de trotar, ensalzada por camperas de cuero, calzas de

marihuana y sus ojos bien moteados, las pestañas arqueadas exquisitas y sus labios carnosos matizados de rosa pastel.

El otoño rebasó con sus duraznos tempranos y pétalos rubios jaramagos y Marilú fue acercándose a Ramiro, un chico 20 años menor a ella y que tenía tatuado en el brazo el nombre de su ex novia, responsable, según él, de todos sus males y pesares.

Ese día, Lucía tuvo una recaída inexplicable y pinto con acuarela la pared de su cuarto con rayones y puntos similares a los de un cuadro de Kandinsky. Antes de partir a Especiales, llegó a anotar un conmovedor poema en su diario:

Nuestro cabello se vuelve gris. En la montaña de deseos puros y duros - los que cargan sobre su pecho- ahora se suma un nuevo problema. Los hilos invisibles a veces la guían y otras la asfixian. Un hechizo perdido en la fauna o magia blanca siempre un haz bajo la manga.¿Hay forma de disolver el dilema?Un día más.Una noche más de luna inmoral.Neula se alimenta de polen, se obsesiona con el pintor de los girasoles:No olvidemos que las pequeñas emociones son los grandes capitanes de nuestras vidas y las obedecemos sin darnos cuenta.

Nace el heroico dictamen.Neula, su piel de polvo estético de aroma suave y celeste es insuperable pero hoy, en medio de las ruinas y boinas francesas suspira para no morir.

IV

Nahuel contaba 22 años y era una suerte de esqueleto con músculo. Destellaba un pelo largo hasta los omoplatos y se lookeaba como una estrella de rock. A los 6 años habría de perder a su Padre en un confuso episodio policial. Desorientado como un siberiano, allí se encontraba Nahuel, recordando a su papa retirándolo de la escuela en un día frío y lluvioso con un paraguas y un tapado. Cuando Lucía oyó este acto de amor se echó a llorar como una niñita al que no le conceden nada de lo que pide.

V

Era un ritual común y silvestre que los internos se reunieran frente al enorme televisor a ver películas como nuestros antepasados lo hacían ante el fuego. La industria del entretenimiento era un arma decisiva para casos así. Nahuel y Lucía cometieron el pecado de optar, tentados, ante las cintas de retro....y aquí moran....contaminados por el síndrome Frank Serpico. Por muchos motivos, el verso es el motivo...y si bien son ateos, todavía creen en la verdad.

Avinagrado homenaje a la integridad obligada y (re)forzada, aunque casi criminal. Allí están Frank y Alfie, más o menos de la mano, aterrados y caminando hacia la nada. De chaleco y aviator...Paco disfruta del ballet y cose platos rotos en su diván de terciopelo....

Lucía despertó de buen humor, pero las nubes presagiaban ángulos lerdos...y con el veneno de la modestia recorriendo sus venas, señaló, acá va un vomito contracultural, soberbio y miserable, pero verdadero....

Lo siento Frank, contigo terminó el siglo (y con perdón de rodillas a las lapiceras asombrosas, escombros de Berlín, Bob Dylan, algunos activistas antibotnia y neoforistas verdes).

Escribir siempre fue una forma de contar mentiras a cuentagotas, de aparentar y plagiar....y evitar los encuentros....vivimos en un gigantesco parque de diversiones con mal de Alzheimer alimentado por el despotismo de la saliva espesa.

Allí (o en las alturas), en donde se observa la línea anaranjada, se esconde la noche del Capitán Garfio. Alivio para algunos, sorpresa para otros, también se oculta Frank, señalándonos el camino, y recordando, una vez más, que la honestidad nunca fue una virtud, sino una obligación....

“Don´t let me down” se convierte en postal de terrazas (y en un buen lema del libre albedrío), el hombre llega a la luna...y Pacino debuta en la pantalla grande.... bien podría ser una ajustada pero meritoria biografía de aquellos años dorados. Alfredo James formó parte de la escuela Kazan y la caza de brujas rojas Mccarthista en la guerra polar sesentista....Después de grabar con Vito, se metió, literalmente, en la piel de Serpico... definitivamente gracias

Sinceramente a L y N les interesa poco y nada salvar el mundo...rescatan a Frank, sus principios y su verdad antes que nada, incluso del amor y muchos detalles más, que sus cuerpos sensibles dudo que estén disciplinados para leer a fondo ... quizás ustedes, y sus almas (si es que eso existe) estén listos y con ganas.

Allí van Frank y Alfie, tomados de sus manos, con la certeza de no saber qué trenes elegir...que epitafio... tan bonito... ¿no creen?

VI

Y finalmente un día de mayo llegó la tormenta antes de tiempo. Un cuadro epiléptico y paranoico azotó a Nahuel luego de leer su PROPIO diario y espantarse con lo que había dentro. Lo cierto es que padeció anestesiado y con la boca seca cuatro días en terapia intensiva atado a una camilla cerca de Graciela, por siempre soñolienta, y contiguo a una chinita adicta

y muy mala onda que fumaba hasta cuatro cigarrillos mentolados seguidos, uno atrás del otro. Y él mismo era otro. Sus amigos y todos los demás prójimos del mundo. El entorno subyugaba y yacía muy coqueto con extranjeros en veremos. La burguesía en decadencia forrada de dólares con miedo y depression.

El trastorno psicótico no especificado de Nahuel no ayudaba en absoluto y la televisión y sus partidos de golf y hombres de negro eran un reflejo invertido de la culpa de un aspirante a escritor, esa forma urgente de neuronas suspendidas y mañanas desapolilladas, atrapado en su novela y personajes angustiados y sin norte. El haloperidol cortó la monomanía pero derivó en acatisia, de manera tal que cuando retornó a piso no podía dejar de moverse por el patio en el que el resto de los internos bronceaban su piel bajo el dócil preludio lácteo.

VII

Tras las butiferas, la relación entre Lucia y Nahuel comenzó a depreciar como la luna que va de a poco escapándose del sol y el edén. Esos dos mundos internos fueron mermando y desviándose hasta la afluencia de la soledad más íntima.

Nahuel se aisló y se convirtió en un verdadero ermitaño sin arte en su utópica cubierta de Alaska, su recóndita incomunicación pertenecía al orden de la urgencia, lo que obligó al niño Glam adoptar una conducta puramente antisocial, no se relacionaba con nadie, permanecía siempre en el mismo banco de madera que daba a una pared blanca, su atisbo se perdía en la cadavérica pared sin rasgos y el rigor se había apropiado de su desnutrido cuerpo.

Se retiró de todo aquello que lo articulaba con los demás, las charlas con sus colegas, los encuentros de ajedrez con Julio y parecía haberse confinado también del lenguaje, no se avisaba con nadie y su voz y concentración volarían fulminantemente del manicomio; de vez en cuando se lo veía con libros a los que ojeaba pero que jamás podría terminarlos.

Cuando el reloj marcaba las 12.30, las mucamas llamaban a todos los internos del patio a comer; el almuerzo era un área en donde se compartía no solo la comida sino diálogos y secretos de cotillón; todos tenían una mesa asignada pero Nahuel se sentaba en cualquier banda, en algún hueco vacío de cualquier tablero y con ningún comensal, no le incumbía la gente y no pronunciaba palabra alguna, comía de manera apresurada y dejaba el plato por la mitad para darse al movimiento.

La mala alimentación era un problema y siempre sería el primero en abandonar el banquete de Severo Arcángel para dirigirse al patio y fumar cientos de cigarrillos; era impactante la cantidad de nicotina que consumía, y ya pocas veces se lo veía con su cuaderno de poesías; se

ataviaba uniformado con una remera celeste, un jean roto y ajustado y unas alpargatas rayadas de color verde y amarillo y continuamente trotaba con el mismo atuendo, la moda ya no sería una traba y salvar su alma era lo único que le interesaba, sentía estar en un viaje de introversión donde nadie podía alistarse, él era su propio piloto y copiloto.

Estaba muy desequilibrado. Pensaba que Diego Bonadeo le enviaba señales por TV y estaba atento a los dirigentes que rascaban su nariz, entre otras cosas. Se había vuelto impenetrable como el Chaco, nadie lo acertaba y algunos decían "desiste Lu, está loco", y algo de eso era verdad, él estaba tocado o vencido como un submarino, Lucia lo sabía pero no le afectaba, aunque a veces sentía miedo por las ocurrencias que tenía dado que eran pensamientos y teorías que solo un científico podría adivinar.

Las guías desgarradas de Nahuel habían causado dolor en el corazón de Lucía, ese núcleo que fue tonificado por su presencia.

Lucia decidió alejarse de la congoja que le producía ver a Nahuel y vivió los primeros días en su ausencia con mucha frustración, no lograba descifrar por qué algo tan hermoso como lo que había sucedido se haya desvanecido tan así de golpe.

VIII

Todos los ciclos tienen sol y tormenta. Los días martes, jueves, sábados y domingos, el patio se colmaba de vida, y ya no era la recreación de las mismas caras demacradas y saturadas de siempre. Los padres, amigos y demás personas allegadas a los internos podían ir a saludarlos, llevaban papas fritas, chizitos, gaseosas, y todas esos elementos que no se podían consumir en la clínica; todo tenía que estar herméticamente cerrado y antes de que ingrese a la sociedad de los poetas muertos se debía pasar por un chequeo realizado por las enfermeras ya que había muchas cosas que estaban vedadas, como por ejemplo, mecheros, teléfonos y drogas. Los pacientes que tenían visitas elegían media hora antes un lugar del patio o del comedor donde estar tranquilos, y aquellos que carecían de ese lujo, subsistían arrinconados en una mesa. Algunos no podían recibir visitas, como Lucia y Nahuel; otros, como Julio, querían pero todavía no podían acogerlas.

Lucia pasó muchos meses sin visitas y se sentaba sola en una silla y miraba aquellos encuentros; recuerda el de Federico con su padre cuando comían chocotorta y discutían acerca de Lucrecia Martel. Federico era el interno más antiguo y molesto de toda la clínica y luego de la internación sería trasladado a un centro de rehabilitación de drogas en las afueras de Buenos Aires. Su padre parecía un hombre cortés, siempre bien vestido, era productor de seguros y su cabeza era blanca como una nube de algodón. Siempre que iba a verlo, Federico lo abrazaba y se colgaba de su

cuello, buscaba su apeo pero él no podía responder de la misma forma aunque lo intentara: se lo veía enojado y parco con su hijo y también defraudado por sus comportamientos alocados que había tenido a lo largo de su vida. Eran tan antagó